

Cuando Dios nos desconcierta

Grandeza de Dios y pequeñez humana

1. La vida a veces nos sorprende con giros bruscos e inesperados. Agradables unos, desagradables otros. Pienso en un caso reciente que nos ha conmovido a todos (y, cuando digo todos, me refiero al mundo entero). Una sencilla profesora de preprimaria, de un pequeño pueblo de Oaxaca, que sin ninguna preparación profesional ni experiencia en el ámbito de la actuación, se convierte en actriz, protagoniza una importante película y resulta nominada al Oscar de la Academia. ¿Quién podía haber imaginado, hace muy poco tiempo, semejante escenario?

Dios, con los suyos, tiene también ese tipo de sorpresas. De modo desconcertante se atraviesa en nuestras vidas y les da un vuelco increíble. La liturgia de hoy, nos ofrece, en paralelo, dos relatos análogos. El profeta Isaías en el Antiguo Testamento y el apóstol Pedro en el Evangelio de san Lucas. Dos historias con un mismo fondo. La iniciativa de Dios que se cruza en el camino de los que ha querido elegir a su servicio, y la captación de la propia pequeñez por parte de los elegidos.

Isaías nos relata en la Primera lectura¹ una impresionante teofanía. En su visión, Dios aparece como uno de esos antiguos reyes orientales, instalado en una corte magnífica y poderosa, acompañado de personajes celestiales (los serafines), que proclaman a grandes voces su santidad: *Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos.*

El profeta, comprensiblemente, se estremece hasta lo más hondo. Y experimenta con agudeza la completa desproporción entre la majestad y la santidad del Altísimo y su miseria personal. Esa indignidad le lleva a exclamar: *¡Ay de mí!, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros y he visto con mis ojos al rey y Señor de los ejércitos.*

Pero Dios, que es *rico en misericordia*, perdona sus pecados y lo purifica con su gracia. Uno de los serafines toma con unas tenazas una brasa ardiente y quema los labios del profeta mientras dice: *Tu iniquidad ha sido quitada y tus pecados están perdonados.* A Isaías solo le queda exclamar: *Aquí estoy, Señor, envíame.*

Mar adentro

2. Con Pedro ocurre algo semejante. Tras el milagro de aquella pesca, nunca antes vista, Simón experimenta vivamente todo el peso de su debilidad personal y el contraste con la santidad de Cristo. Por eso se arroja a sus pies asombrado y enternecido: *¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!*

Todo había empezado por la mañana de aquel día, muy temprano. Después de una larga noche de trabajo infructuoso. De lanzar una y otra vez las redes a la derecha y a la izquierda, sin conseguir nada, por fin llegan a la orilla. Cansados y tristes, aquellos

¹ *Isaías 6, 1-2. 3-8.*

pescadores, intentan sobreponerse a la mala faena realizada, y empiezan a lavar sus redes. En eso están cuando aparece la amable presencia de Jesús. El Señor sube a la barca con decisión, enseña durante un rato a la muchedumbre y, acto seguido, da a Simón una orden inesperada y desconcertante: *Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar.*

Aquello francamente no tenía sentido. Desde luego, no era el momento adecuado. Además, estaban exhaustos. El buen maestro, con todo el respeto que les merece, no conocía el oficio. Y les está proponiendo algo absurdo. Tras una pausa de desconcierto, en la que se miran unos a otros, es Pedro quien al fin rompe el tenso silencio: *Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero confiado en tu palabra, echaré las redes.*

Y ocurre algo inaudito. Apenas han contactado el agua las redes, se sumergen precipitadamente y empiezan a vibrar con el movimiento característico de la presencia de los peces. Pero no de unos pocos, sino de una verdadera multitud. Antes, durante horas y horas, por ellos solos, no habían pescado nada. Una simple indicación de Jesús y la situación cambia por completo.

El poder de la obediencia

3. Cuando Dios se revela al hombre, este debe prestarle el homenaje de su inteligencia y de su voluntad. Debe darle lo que san Pablo llama *la obediencia de la fe*² (Romanos 16, 26). No siempre comprendemos sus planes. No siempre son lo que nosotros habíamos previsto o esperado, pero si captamos lo que Él nos pide, debemos obedecer. Y los frutos siempre aparecen, antes o después.

¡Oh poder de la obediencia! –El lago de Genesaret negaba sus peces a las redes de Pedro. Toda una noche en vano.

-Ahora, obediente, volvió la red al agua y pescaron (...) –una gran cantidad de peces.

***-Créeme: el milagro se repite cada día*³.**

Hay un abismo de diferencia entre hacer las cosas por nuestra cuenta, como se nos va ocurriendo, a hacerlas secundando la voluntad de Dios para nosotros. Pero, tal vez alguno se pregunte, ¿cómo puedo saber la voluntad de Dios para mí?, ¿cómo saber lo que Él quiere que haga? Pues, ante todo, preguntádoselo en la oración: Señor, ¿qué quieres de mí? En este tema o en este otro. En esta inquietud, en esta preocupación, en este proyecto familiar o profesional, ¿qué me pides?

Otra forma de obtener respuesta es acudir a quien nos puede orientar. Un sacerdote, un buen amigo con formación y criterio. En ocasiones, como enseñaba san Josemaría, *el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior. Por eso es Voluntad de Dios que la*

² Cfr. Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 5.

³ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, 629.

*dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro*⁴.

Todos nosotros somos como un instrumento musical. Un instrumento de cuerda (guitarra, violín, piano, chelo...) que con el paso del tiempo y el uso se va gradualmente desafinando. Cada cierto tiempo necesitamos afinación. Que un experto nos tome en sus manos y con fino oído y unos cuantos movimientos precisos, nos ajuste las cuerdas para que demos las notas musicales que Dios quiere. Seamos humildes y dóciles, y con ese pequeño servicio, daremos muchos frutos. La pesca de nuestra vida espiritual será también muy abundante.

La docilidad de san José

4. San José conoció personalmente algunos de esos *desconciertos* que Dios hace a los suyos. Y supo siempre secundar con docilidad su voluntad para sacar adelante con eficacia el plan divino de la Redención. Acudamos a su intercesión.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 10 de febrero de 2019

⁴ *Ibid.* n. 69.